

# LA AUDIENCIA IMAGINARIA



**Universidad de Valladolid**  
Vicerrectorado de Extensión Universitaria  
Centro Buendía

2001

***Recio martirio sabroso:  
La pasión por la escritura  
de Sta. Teresa***

*Germán Vega García-Luengos*  
*Departamento de Literatura Española. UVA.*

Al escoger la literatura de Santa Teresa como tema de la lección impartida en el instituto de su nombre, se tuvo en cuenta, naturalmente, esta circunstancia. Pero no supuso, ni mucho menos, la razón determinante. Sí que lo fue, en cambio, la capacidad que su caso tiene de mostrar las bazas de la filología ante un público que desea saber hacia dónde dirigirá sus esfuerzos universitarios y profesionales. Si en los últimos años la escritora se ha beneficiado de la sustitución de sus especialistas devotos por otros mejor dispuestos, también la ciencia literaria ha tenido en ella una excepcional palestra donde verificar la eficacia de sus presupuestos y herramientas. La secuencia de estudios críticos sobre la obra teresiana puede proponerse como testimonio ejemplar de lo que es el ejercicio filológico.

**Un perfil nuevo.**

«Recio martirio sabroso» es, en efecto, una expresión sacada de sus propios escritos, y muy característica, además: la antítesis, la paradoja, constituyen uno de los recursos preferidos para acercarse a la inefabilidad de las experiencias más íntimas y profundas. Lo que ella predica del

arrobamiento místico en el capítulo 20 del *Libro de la Vida* se ha aplicado aquí a su apasionada actividad como escritora. La intención ha sido contradecir desde el título esa imagen tan difundida de Santa Teresa como escritora «por obediencia» y, diríase también, «a regañadientes».

Hay que cambiar esta idea como se está haciendo con otras que tienen que ver con su significación histórica y espiritual. La santa barroca y contrarreformista, a la que se consideraba plenamente identificada con una supuesta España integrista e inquisitorial, debe dejar paso a la mujer que luchó denodadamente en distintos frentes contra la mentalidad dominante, racista y excluyente. El más arduo, quizá, lo impuso su sexo en una sociedad machista, que negaba prerrogativas a sus congéneres y más en el campo religioso. Santa Teresa no cejó en la reivindicación del derecho —fundamental en aquella sociedad sacralizada— a disfrutar una vida espiritual en plenitud. Hoy conocemos bastante bien sus estrategias, que nos hablan de una persona muy práctica y funcional. Una imagen más que no conviene con la dominante hasta hace poco de una santa contemplativa en éxtasis berniniano. Teresa experimentó la unión mística, pero la mayor parte del tiempo se vio involucrada en asuntos materiales.

### La escritura inevitable.

La dimensión de escritora no es un apéndice de su identidad como persona o como religiosa, sino que constituye algo inseparable. De pocos autores puede decirse con tanta convicción que escribió como vivió. Aún más: escribió de lo que vivió. Si cogió la pluma no fue para contar lo que los libros decían sobre los fenómenos espirituales, sino para comunicar lo que a ella le pasaba. Y en sus propias experiencias la literatura fue esencial. Sin sus

medios no sólo no habría podido explicar y contagiar su experiencia: ni siquiera ella misma habría comprendido lo que le pasaba. Tenemos muestras de cómo algunas de sus vivencias espirituales eran captadas desde instancias literarias ya en el momento de experimentarlas: «Muchas veces en mis principios [...] me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él» (*Libro de la Vida* 14, 9). Son diversas las oportunidades en que se apunta que las comparaciones —su principal recurso expresivo y del que más consciente era— se habían generado al mismo tiempo que la experiencia. Incluso, se viene a decir a veces que escribir es entender.

### Leer, vivir y escribir.

Objetivo importante en el campo de la filología ha sido analizar cómo la escritora se sitúa en la historia de la literatura castellana: cómo se aprovechó de la tradición y qué es lo que su obra supuso para ésta.

Fue una lectora empedernida —como expresivamente la ha calificado Teófanos Egido—. Los abundantes testimonios de esta actividad nos muestran además una extraordinaria asimilación. Los libros fueron capaces de llevarla a tomar decisiones importantes y, desde luego, sustentaron su labor de escritura. Está muy lejos, pues, de esa otra imagen falsa —de la que en parte es culpable por sus sinceras y estratégicas fórmulas de humildad— que minusvalora su formación cultural, para resaltar la fuerza de la inspiración divina.

Su relación con los libros está en plena sintonía con la Modernidad. No sólo por lo que se refiere a la lectura, también por el interés en transmitir su experiencia a través de ellos. Fue consciente de la importancia de este

cauce de adoctrinamiento, al igual que antes y al tiempo que ella lo fueron Erasmo y otros líderes de la nueva espiritualidad. Aunque a la postre no viera cumplidos sus deseos en vida, hay pruebas sólidas de que intentó ver su obra en letra impresa, capaz, por tanto, de alcanzar mucho más allá en el espacio y el tiempo que a sus confesores y sus monjas, únicos receptores nombrados explícitamente. Estos acotamientos se descubren, una vez más, como caudelas de nuestra autora, cuyos escritos se habrían extirpado de raíz si hubiera confesado abiertamente que quería tratar de semejantes asuntos por voluntad propia y a un público lo más amplio posible, del que se erigía como guía. Los sesudos teólogos y los inflexibles censores se habrían lanzado inmisericordes contra esta intrusa en el territorio más vedado.

### En la renovación literaria renacentista.

Aprovechó lo leído con libertad, acomodándolo a sus intenciones. Es, justamente, a la vista de los elementos literarios que la época ofrecía, como mejor destaca el importante salto que ha tenido que dar. Ni el contenido de sus escritos —la propia experiencia espiritual— ni sus destinatarios primeros —sus confesores y, sobre todo, sus monjas— habían sido todavía inventariados.

Lo que sucede en lo más hondo de la persona es el objetivo principal de sus escritos. Y ahí no hay letras: «¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son!» —exclama en *Las Moradas* (7: 1,7) refiriéndose al Misterio de la Trinidad—. «Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que

queda dicho, que están en lo interior de su alma, en lo muy interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras». Debía encontrarse inexorablemente con la literatura. La necesitaba para entender esa experiencia, para comunicarla, para atraer hacia ella a otras personas. Así es cómo el principal escollo del proceso comunicativo se erigió en resorte principal de creatividad. Son muchos los momentos en que notamos una agónica dependencia de la lengua literaria, ante la evidencia de que las palabras de todos los días son insuficientes: «Deshaciéndome estoy, hermanas, para daros a entender esta operación de amor y no sé cómo» (*Moradas* 6: 2,3). Es la desazón de los místicos y los poetas ante la conciencia de que «la lengua no alcanza al corazón» —en expresión feliz de Fray Luis de León, su primer editor—. No cabe otra solución que forzar la lengua cotidiana. Y ahí vemos a Teresa proponiendo comparaciones, exclamaciones o «desatinos santos» (*Libro de la Vida* 16, 4) en los interiores de un lenguaje discursivo, dotado de una inusual capacidad de complicar al lector en la ardua tarea de sentir un mensaje más allá de las cosas que se tocan o se entienden.

La necesidad de crear nuevos moldes literarios también vino exigida por la características de unos receptores de cultura teológica, y general, limitada. Su obra escrita quiso que fuera frecuentemente una prolongación de las charlas conventuales: «Muchas veces os lo digo y ahora lo escribo aquí» (*Camino de Perfección* 19, 1). A este propósito hay que recordar la famosa precisión que R. Menéndez Pidal formuló sobre el lema valdesiano del «escribo como hablo»: Santa Teresa «ya no escribe, sino que habla por escrito».

Y, por si fueran pocas las dificultades, corrían «tiempos recios» para aventuras espirituales (*Libro de la Vida* 33, 5). Debe acallar sospechas. A menudo le insinúa o dice al lector —y aún más al inquisidor— que si ella, una mujer, se ha atrevido a escribir sobre materia religiosa es porque personas doctas y autorizadas no sólo se lo han permitido, sino que se lo han ordenado. Menéndez Pidal expresaba su asombro ante este caso de «escritora por obediencia». Cada vez más lo que sorprende a los estudiosos es su capacidad de sortear los inconvenientes que la escritura y su divulgación tienen para una mujer como ella, para obedecer —esta vez en profundidad— a su pasión por la escritura.

La fidelidad a estos designios y la ausencia de modelos acomodables la condujeron por los caminos de la novedad literaria renacentista, en los que participó activamente. Para J. Marichal, su obra se inscribe en los inicios del ensayismo hispánico. Por su parte, F. Lázaro Carreter ha afirmado, expresivamente, que Santa Teresa no sólo fue fundadora de conventos reformados, “también en las letras fundó”. Su aportación se cifra en la “autobiografía del espíritu”.

Fue el resultado de un esfuerzo tenaz. Los estudiosos han determinado la existencia en ella de una auténtica «voluntad de estilo» —en expresión consagrada por J. Marichal—, de una nítida “conciencia de su arte literario” —de acuerdo con V. García de la Concha, uno de los principales responsables de lo que hoy sabemos sobre ese arte—, de una “irrestañable vocación literaria” —en palabras de F. Márquez Villanueva—. Quizá nadie se ha expresado con la contundencia de este crítico acerca de las relaciones de nuestra escritora con la literatura: «Santa Teresa

gozaba del placer de crear como una verdadera adicción, especie de bendito “asimiento” de que, por fortuna nuestra, no llegó a ser consciente».

En realidad, entre la escritora «por obediencia» de Menéndez Pidal y esta escritora con «irrestañable vocación literaria» sólo existe una antonimia aparente: ella, con su inteligencia y pragmatismo característicos, sabía arreglárselas a las mil maravillas para que le mandasen aquello que estaba deseando obedecer. Otra ha de ser, sin embargo, la explicación del contraste entre el «placer de crear» y la imagen de escritora penitente que ella misma ofrece tan a menudo: aquí no cabe deshacer la contradicción, sino aceptar este hermanamiento de contrarios del que los artistas de la palabra o de otros medios de expresión nos han dejado sobrados testimonios. Zozobra y alegría, euforia y desasosiego se asocian a menudo en la creación de las obras artísticas culminantes. También en el ejercicio de las pasiones. Y quien lo probó lo sabe. Recios martirios sabrosos.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BARRIENTOS, A. y otros (ed.): *Introducción a la lectura de Santa Teresa*. Madrid, Ed. de Espiritualidad, 1978.
- EGIDO, T. y otros (eds.): *Actas del Congreso Internacional Teresiano (Salamanca, octubre 1982)*. Salamanca, Universidad/Universidad Pontificia/Ministerio de Cultura, 1983 (2 vols.).
- GARCÍA DE LA CONCHA, V.: *El arte literario de Santa Teresa*. Barcelona, Ariel, 1978.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, F.: *La vocación literaria de Santa Teresa*. Nueva Revista de Filología Hispánica, XXXII.